

Tipo: Diario digital

Sección: Blog Tuentitantos

Medio: El Correo de Andalucía.es

elCorreoweb.es**Tuentitantos**

| El blog de César Rufino

May/12
24

Todo bosque esconde una sorpresa

Una visita a la exposición del Ateneo confirma que son las obras de arte las que miran a las personas, y no al revés



Uno no lo recuerda hasta que le vuelve a suceder, al cabo de muchos años. Pero lo cierto es que la relación de amor que se establece entre una persona y determinada obra de arte no la decide la persona, sino la obra. La Gioconda, ante los ojos de alguien que lleve lustros ansiando verla cara a cara en su sala del Louvre, puede volverse hermética y desdeñosa a esa mirada hasta el extremo de decepcionar a tan entusiasta seguidor; y sin embargo, la Virgen de Van Eyck que, sentada en el trono, lee envuelta en sus rizos de filigrana de oro y su largo manto azul cobalto, esa feminidad deliciosa e indiferente, puede poner de rodillas y condenar al amor eterno al primer incauto que la mire de refilón,

en su retablo del Cordero Místico de Gante. Hay, en fin, pinturas o esculturas con las que uno no contaba y que lo marcan para siempre con una impronta extraordinaria y mágica, estableciéndose entre ellos dos casi una especie de parentesco. Esto, que es tan difícil de explicar, sucedía de nuevo ayer durante una visita a la exposición de **Eufemiano Sánchez**, en el Ateneo.

El fenómeno no es en absoluto insólito. El más hermoso de todos los intentos de ponerlo en palabras puede que sea *Un clavel para un anciano*, cuento ambientado precisamente en Sevilla que Hugh Walpole incluyó en su precioso libro de relatos de fantasmagorías y misterios titulado *La noche de Todos los Santos*. Walpole era de ese tipo de escritores a los que un solo buen viaje les daba para pasarse ya el resto de su vida novelando desde su mansión de Cumberland, cosa que efectivamente hizo tan pronto terminó de comprar la preciosa villa campestre de Brackenburn, con toda su biblioteca y sus jardines con chorrillos. Su cuento hablaba de cierto viejo viajero inglés llamado Richard Herries y sus jardines con chorrillos. Su cuento hablaba de cierto viejo viajero inglés llamado Richard Herries que, tras hospedarse en la ciudad con su hermana y una amiga de ésta, se queda prendado de cierta piadosa figura de un cuadro de la Catedral, sentimiento dotado de tan insoslayable pasión que esta criatura pintada, cuya única dote era la flor que llevaba en la mano, acaba enamorándose a su vez del anciano y transformando en un paraíso imaginario la oscuridad de esa polvorienta capilla enrejada, amén de otras consecuencias, algunas de ellas terribles y todas maravillosas, que se dejan para un futuro paseante, en el que la misión sea encontrar dicho cuadro.

Tipo: Diario digital

Sección: Blog Tuentitantos

Medio: El Correo de Andalucía.es

Esta historia estaba muy lejos de ser recordada de camino a la exposición de **Eufemiano Sánchez**, en una de esas salas del edificio de la calle Orfila. Lo que emocionaba en ese momento era la expectativa de citarse con la pintura de un artista que tuvo la excelente fortuna de ser ninguneado por la Sevilla de los sanedrines, que era de coco y huevo (y así sigue, para quien le importe un comino). Tenía, en efecto, un algo formidablemente irreverente el ir a postrarse ante los cuadros de este proscrito de los pesebres oficiales que, cuando empezó, ni siquiera quería ser pintor. Eso no tenía más remedio que formar parte de una gran genialidad. Y con esa intención entusiasta de quien va corriendo al Louvre en busca de las comisuras más célebres de la historia, tras mucho desearlo, la mirada penetró ansiosa en el patio, giró a la izquierda y se fue posando uno tras otro en el puñado de lienzos allí colgados, pasando sobre ellos como los detectores de metales se deslizan sobre las arenas de las playas, en busca de un tesoro oculto. Pero el tesoro no aparecía. Ni en los reveladores brillos negros alrededor de la armadura, ni en la pose marcial del batidor de regulares allí retratado, ni en el flequillo imposible del musiquito callejero, ni tampoco en las rodillas cálidas y de colegio de monjas de esa Caperucita con ademán de no haberse perdido jamás en ningún bosque. La búsqueda había sido en vano. El arte estaba ahí, claro, y también la mirada deseosa, pero faltaba lo esencial: faltaba perderse.

Cuando, de pronto, al regresar de nuevo por el patio aquel con los zapatos pensando ya en la calle Orfila, un susurro dorado y provocador se hizo oír a la derecha, como el de esos charlatanes ambulantes que, echándose mano al bolsillo interior de la chaqueta o mostrando un maletín, chistan confidencialmente a un desconocido que pasa. Aquel cuadro estaba llamando, como llaman el ajedrez de marfil del Museo Británico, las caderas de la Venus del Arqueológico, la Santa Ana del Louvre o la citada e indiferente Virgen de la catedral belga de San Bavón. Era (es) una obrita del pintor de Osuna Juan Rodríguez Jaldón titulada *Palacio de las Dueñas* y por la que se podía caminar. He ahí la promesa del reclamo misterioso. Los ojos *podían* traspasar la materia del lienzo y palpar como dedos la polvorienta humedad de las plantas de sombra. Podían traspasar el arco repleto de cascarillas de brza vieja y mosquitos insignificantes, y también pisar los reflejos carmesíes del suelo terrizo, para ascender por las sombras azules de la terraza hasta una perspectiva prodigiosa de sol y de flores regada por los arrullos de las tórtolas. Siempre hay un bosque para quien necesita perderse. Es la hermosa sorpresa que suele deparar, más tarde o más temprano, el amor al arte.